

humano, y los que, como Winch, niegan la existencia de una racionalidad homogénea —una especie de *passe-partout* de toda cultura— diseñando varias racionalidades locales más o menos confrontadas entre sí. Sin embargo, el segundo debate analiza la pareja *individualismo* y *holismo*: ¿las acciones deben ser orientadas a las razones de quien actúa o más bien deben ser insertadas en un contexto meta-individual?

En el capítulo final Herrera muestra algunas orientaciones y líneas teóricas que se proponen de-construir o desmontar las implicaciones metafísicas de la Epistemología de las Ciencias Sociales (aún más, de la epistemología en general), configurando una perspectiva radicalmente diferente.

Pensado como instrumento de estudio y profundización para el mundo de la investigación, la obra del profesor Herrera podrá interesar a todos aquellos lectores (profesores y alumnos) atentos al pensamiento filosófico, pensamiento que no se separa de la praxis científica, pero que extrae de ésta estímulos y sugerencias.

Julio Iglesias de Ussel

A. LLANO, *Humanismo cívico*, Barcelona, Ariel, 1999.

Ante la realidad social que nos circunda y que nos inquieta, salta con facilidad la pregunta: ¿qué hay que hacer para mejorar? o bien, ¿dónde está el culpable? Después de más de un lustro de antropocentrismo y un casi generalizado sistema democrático, seguimos con "el descontento de la democracia".

Alejandro Llano consciente de ese sentimiento tan difundido en la sociedad de que "algo no marcha bien" analiza en *Humanismo cívico* las posibles causas de este paradójico fenómeno y propone los planteamientos adecuados y las medidas convenientes a llevar a cabo en esta crisis de la humanidad.

No consiste el presente ensayo en un programa político. No se trata de cambiar el actual sistema democrático, buscando otro mejor, porque no lo hay. Hemos de encontrar más bien la raíz de los males presentes en el absentismo culpable de los mismos ciudadanos, que son los que han de ser activados, despertándolos del sueño de una cómoda visión proteccionista de un Estado abarcador. Viene así el autor a recordarnos las advertencias que ya Ortega hacía preocupado por los totalitarismos: hemos de acostumbrarnos a no esperar nada

bueno de esas instancias abarcadoras y abstractas que son el Estado o el Mercado.

Urge que, saliendo del nicho de la privacidad, irrumpamos en el ágora pública, que es nuestro lugar natural como ciudadanos que somos. "Tales potencialidades son las virtudes, las fuerzas, las excelencias que el ser humano es capaz de alumbrar en diálogo vital con quienes nos rodean". No se trata de contraponer lo público a lo privado sino de encontrar su conexión.

"El narcisismo atomista de los individuos es una reacción de encapsulamiento afectivo ante la colonización de los mundos vitales por parte del Estado, el mercado y los medios de comunicación colectiva". De este modo la sociedad se convierte en irresponsable y pasiva.

La solución a estos problemas exige planteamientos culturales y éticos abiertos a "la verdad de los hombres y mujeres en acción, es decir a la verdad práctica". Según Llano la raíz de estas "desafortunadas consecuencias" está en la ruptura teórica y práctica entre la moral personal y la ética pública, que "tiene en su base el cuestionamiento de la competencia moral de los ciudadanos comunes y corrientes"... "La moral pública es anónima, neutral, sin contenidos éticos, oportunista, presuntamente tolerante y realmente autoritaria".

"El humanismo cívico presupone una visión filosófica según la cual las mujeres y los hombres son capaces de conocer en cierta medida qué es lo bueno y lo mejor para la sociedad en que viven". De lo contrario sobrevendría la "pérdida de la moral cívica, cuyo sustituto es lo políticamente correcto"; lo bueno y lo correcto se distancian. Se trata de evitar la pervivencia de un dualismo ético del que surge la corrupción.

Si seguimos las pautas de este humanismo cívico el protagonismo civil recobrará su auténtico papel. Un ejemplo de esto, como dice el autor, lo tenemos ya en el fenómeno del voluntariado, que constituye de por sí un importantísimo paso de solidaridad. Citando a Manuel Herrera: "el Tercer Sector está constituido por organizaciones autónomas no de beneficio que utilizan primordialmente, aunque no exclusivamente, medios simbólicos prosociales como la solidaridad, el don, el intercambio simbólico. Mantienen una relación privilegiada de ósmosis con las redes sociales primarias".

Otra de las exigencias de un humanismo cívico es la propuesta de una recuperación del paradigma perdido de la verdad. "El ideal metódico del paradigma de la certeza implica una racionalidad monocorde y unívoca, mientras que el paradigma de la verdad supone un uso abierto y analógico de la razón". La consecuencia inmediata es una pérdida del miedo a equivocarse, porque —como leemos en la conclusión de la obra— "quien busca la verdad no pretende seguridades... intenta hacer vulnerable lo ya sabido, pues aspira siempre a saber

más y mejor, mientras se goza en las posibles falsaciones de sus teorías, ya que suponen un avance hacia el logro de la verdad". La consecuencia es paradójica –reconoce el autor– pues ante la apertura al riesgo aparece la seguridad de la persona, abierta ante la patencia de la realidad y despreocupada por sus "menudos intereses".

Esta búsqueda de la verdad como perfección de la persona encuentra obstáculos a la hora de encajar con un concepto de virtud expulsado del vocabulario racionalista. Sin embargo, "quien obedece a la verdad realiza la verdad práctica. Rehabilitar, como se viene haciendo, este concepto aristotélico implica superar la escisión entre sujeto y objeto, entre individuo y comunidad, entre lo privado y lo público, para abrirse a una concepción teleológica –finalista– de la realidad social en la que tiene sentido el humanismo cívico: la libre dinámica del perfeccionamiento del ciudadano por su participación en los afanes de la república y, en definitiva, el ideal supraindividual de la vida buena en su plenitud, de la vida lograda en un ámbito que supera el cerco de la privacidad, de la vida auténtica en una sociedad justa".

Para todo esto es preciso –superando la falacia naturalista– situarse en un cognotivismo moderado que mantenga unidos libertad y verdad. Hay que dar por supuesta la posibilidad del paso de lo fáctico a lo normativo. Es así como la verdad nos hace libremente solidarios; aunque todavía queda mucho pendiente, en "una sociedad en la que casi nadie parece atreverse a decir categóricamente: esto es bueno o –todavía menos– esto es malo".

"El eje fundamental –como propone Donati– no es el de Estado/individuo, el de público/privado ni el de Estado/mercado, sino el de humano/no humano". El bien moral se fundamenta en el plano ontológico y antropológico; de lo contrario es imposible la salida del relativismo moral, en ocasiones admitido por temor al fundamentalismo. De este modo se ha caído en el permisivismo, que "convierte la ética en estética, o incluso en dietética, porque los únicos mandamientos incondicionales son actualmente los del disfrute dionisíaco y los de la higiene puritana".

Alejandro Llano resume contundentemente el pensamiento actual acudiendo a la distinción hecha por Jesús Ballesteros y Robert Spaemann: "Una cosa es la posmodernidad como toma de conciencia de la crisis de la primera Modernidad y propuesta de nuevos modelos intelectuales y políticos, y otra bien distinta es la tardomodernidad como intento de retrasar el final de la Ilustración –prolongándola inercialmente– o de acogerse al relativismo ético y cultural; al llamado pensamiento débil". De entre estas tendencias encajaría con el humanismo cívico una posmodernidad entendida como segunda Modernidad, que abandonando el paradigma moderno de la certeza se injerte en el de

la verdad. Son notorios los intentos que, en el ámbito del pensamiento riguroso se vienen haciendo en este sentido.

Piensa Llano que "la nueva comparecencia del humanismo cívico está estrechamente conectada con la rehabilitación de la razón práctica", que "es plural y flexible, pero no relativista. Está éticamente radicada pero no cae en el moralismo. Es un reflexionar meditativo y dialógico, sin que admita la mediación del pensamiento débil".

Resulta imprescindible elaborar una nueva ciudadanía, constituida por múltiples y variadas interacciones. La sociedad está configurada con una reticularidad compleja, en la que es preciso tomar continuamente decisiones e inventar soluciones a problemas, que se presentan por primera vez.

Llano nos dice: "a la nueva cultura que ha de configurar esta sociedad de responsabilidades múltiples es a lo que llamo humanismo cívico". Se trata, pues de un reto que lleva consigo el coraje de una búsqueda "subversiva" de la verdad, para inventar un futuro auténticamente humano.

Juan José Llompart Torres

J. M. TRIGEAUD, *L'homme coupable, critique d'une philosophie de la responsabilité*, Bordeaux, éditions Bière, coll. bibliothèque de philosophie comparée, 1999, 248 pp.

La responsabilité, notion essentielle du droit, est le thème de réflexion du dernier ouvrage du professeur Trigeaud. Il y mène une réflexion originale à l'heure où des revendications de responsabilité fusent de toute part.

Il met ainsi en évidence la confusion faite entre l'ordre éthique et l'ordre juridique dans la conception actuelle de la responsabilité. Cette-dernière pêche par manque de perspective. Elle réduit en effet l'ordre éthique à l'ordre juridique, celui-ci se substituant corrélativement au premier. D'où vient une telle errance? L'auteur la discerne dans la division opérée entre l'ordre de la personne et de l'être (l'universel singulier) et celui de la nature (le génériquement répertoriable). Désormais, seule la nature a droit de cité et l'homme n'est donc vu que par son genre niant l'être et la personne sous-jacents. Cette méconnaissance provient de l'impossibilité de présumer l'être derrière la nature. En effet, conformément au rationalisme cartésien seule est admise une